

tos afortunados. Uno esperaría un poco menos de ingenuidad narrativa, y que el temperamento de artista que hay en Jorge Alberto Naranjo se pusiera en equilibrio con su temperamento de intelectual, para que, de la manera paralela que decíamos atrás, nos entregara algún día una obra de arte inobjetable, para cuya celebración, habremos de tener, sin duda, el corazón dispuesto.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

El ensayista y su deuda

El ensayo. Entre la aventura y el orden
Jaime Alberto Vélez
Taurus, Bogotá, 2000, 107 págs.

El ensayo parece un género huérfano de crítica en Colombia. Salvo el artículo del propio Vélez en *El Malpensante* (núm. 2) y los prólogos a las antologías de ensayo colombiano elaboradas por Juan Gustavo Cobo Borda, en asocio con Jorge Eliécer Ruiz, en 1976, y la de Óscar Torres publicada por la Imprenta Nacional en 1997, poco se ha reflexionado recientemente sobre el asunto. Desde un punto de vista pedagógico —cómo enseñar a escribirlos— lo ha intentado bajo una visión preceptiva, hoy anacrónica, Fernando Vásquez (*Oficio de maestro*, 2000).

Probablemente la gente tenga claro qué es y cómo se hace —en lo básico— un cuento o un poema. Pero un ensayo parece ser otra cosa. Pensar en escribirlos ya ocasiona un dolor de cabeza. Tiene que ver con ello que los hábitos de escritura en el medio colombiano —sobre todo en la escuela primaria y secundaria— tienden a valorar el texto narrativo, la anécdota, la creación de historias, pero no el pensamiento, la argumentación. Y el problema no es de definiciones. Los manuales al uso los traen en cantidad y sólo difieren

en si el ensayo es un género objetivo o subjetivo, su extensión frente al tratado o la tesis, su estructura (hipótesis-tesis-síntesis), sus representantes más destacados. Pero la angustia persiste. Ya volveremos sobre esto.



Dividido en cinco partes, este librito de Jaime Alberto Vélez es una fatigosa disertación personal —excesivamente personal— sobre el ensayo. El primer capítulo es un homenaje a Montaigne, el creador del género. Es tedioso. No hay confrontación o actualización sino permanente halago. Vélez pasa por alto, olímpicamente, las investigaciones sobre Montaigne —en particular la monumental de Hugo Friedrich (*Montaigne*, 1949)— y cae en los lugares comunes (“su método residía en el asombro y la curiosidad, no en la verificación positivista”). Las imprecisiones conceptuales son reiteradas. Vélez dice, por citar un solo caso: “A pesar de que Montaigne se mostraba interesado en la ciencia y en la interpretación del comportamiento humano, su búsqueda se dirigía más a lo excepcional y a lo único que a la norma general”. Pero si leemos con atención el mencionado libro de Friedrich, veremos que lo que Vélez llama “excepcional y único”, en verdad es una forma de humanismo epicúreo. Afirma Friedrich: “Podemos calificar los *Ensayos* de pieza maestra de la ciencia moral moderna”. Los desconocimientos del contexto histórico o ideológico siempre se pagan con imprecisiones y vaguedades.

Luego le interesa seguir la huella que dejó el escritor francés en Europa. Encuentra su herencia asentada, principalmente, en Inglaterra. Cómo se dio esta mediación histórico-socialmente no queda claro, pero digamos en favor de enriquecer la discusión que fue el periodo isabelino (1558-1603), con todas sus tormentas políticas y con el fortalecimiento del protestantismo, el que permitió luego surgir un ambiente propicio para la libre circulación de las ideas. El ensayo necesita de las ideas como el cuento de las historias o la poesía de las imágenes.

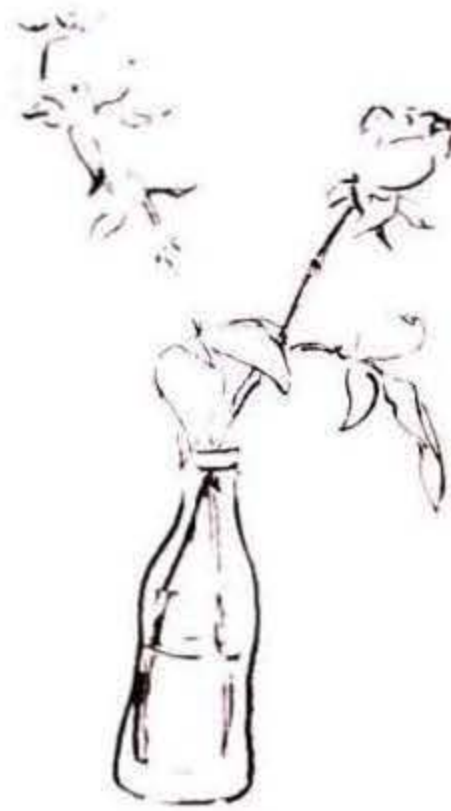
Es evidente que a Vélez le gustan los ensayistas ingleses (Dryden, Johnson, Coleridge, Lamb, De Quincey, Orwell) y quiere hacernos compartir su pasión, pero no lo logra. Tiende a ser mimético y a no darle opciones al lector de compartir su experiencia con algún tipo de realidad cercana que lo toque. No es lo mismo hablar del apogeo de la época isabelina durante el siglo XVI que de una Colombia degradada por la violencia a la que es necesario pensar en conceptos. El ensayo —visto a través de los ojos de Vélez— es algo así como un dinosaurio al que no hay que tocar sino admirar.

Vélez nos narra un vaivén de anécdotas sobre las vicisitudes del ensayo y de los ensayistas, pero es evidente que no hay articulación orgánica del discurso y se pierde en glosas. Un ejemplo de ello es la mención a Voltaire. Lo resalta como ensayista —su *Diccionario filosófico* (1764)—, lo que es cuestionable, y nos lo presenta como el primer gran intelectual moderno (por qué o en oposición a qué, no lo dice). Qué tiene que ver esto con lo que decía más arriba (venía hablando de las virtudes de Montaigne) no queda claro y lo que viene luego, menos (las pretensiones enciclopédicas del autor de los *Ensayos*). Da la impresión de que quiere decir varias cosas al mismo tiempo, pero esta estrategia discursiva exige un manejo estilístico y estructural de cuidado —so riesgo de aparecer desordenado e incoherente— y Vélez fracasa en el intento.

Este defecto se volverá plaga en el capítulo tres —un borrador incompleto y descuidado sobre el ensayo y los ensayistas colombianos—, donde uno literalmente no sabe de qué está hablando. En apartes enfoca sus baterías a resaltar la tarea ensayística de Sanín Cano, luego abandona a medio camino sus puntos de vista y dirige sus dardos contra Rafael Maya como crítico. Está en esa tarea, pero súbitamente Maya le da ocasión de hablar de la “verbosidad e intransigencia colombiana”. Entonces, ahora, le interesa divagar sobre el retoricismo nacional. Luego divaga sobre la revista Mito. En fin, un carrusel loco. Es patente acá que el libro no tuvo editor o, si lo tuvo, fue más bien complaciente. Éste es el tipo de párrafos que el editor debe resaltar en rojo para ser corregidos o expulsados del corpus del libro, así el autor se ponga bravo.

Volviendo al capítulo segundo —en el que Vélez revisa algunos aspectos formales del género—, éste aparece repleto de generalidades y contradicciones. En una parte dice que el “ensayista ama la libertad, mientras el estudioso y el crítico veneran el orden”. Después, en otra, se contradice y afirma que el ensayo se mueve entre “la ciencia y la opinión, entre el rigor lógico y la literatura, entre la belleza y la verdad”. Por momentos quiere ser enfático, pero resulta recurrente (“El ensayista no comunica la verdad, sino su búsqueda”). Un aprendiz de ensayista abrirá los ojos ante expresiones como: “Con cada página escrita, el ensayista va más allá de sí mismo; oscila permanentemente entre la aventura y el orden. Su razón de ser reside en el movimiento, en la progresión continua”, pero dará igual, porque esto no le dirá nada. Vélez logra ser insustancial sin quererlo. Por tratar de ser tolerante y amplio en la determinación de qué es y no es un ensayo, acaba por confundir más. Borges, con razón, ya señaló que las enumeraciones distraen al lector, pues le pondrá atención a la primera, pero a la segunda o tercera ya jerarquizará toda la información de modo secundario. El

aprendiz, así, no sacará nada en limpio, quedará asustado y verá la escritura del ensayo como una tarea titánica.



Lo peligroso de plantear de forma ambigua la definición de ensayo es que se cae en la circularidad. Nada deviene en algo concreto. Todo es ensayo y nada es ensayo. Ello se relaciona con que Vélez considera el ensayo un género que exige destrezas estilísticas, sobre todo. Incluso las características del género que enumera son formales: imaginación, buen humor, inteligencia, modestia. Pero el ensayo, fundamentalmente, es un tipo de texto adecuado a la presentación de conceptos. Hegel lo dijo en *La fenomenología del espíritu*: “El pensamiento auténtico se expresa en conceptos”. Pero para lograr pensar en conceptos es fundamental fortalecer en el ámbito escolar y universitario el pensamiento argumentativo. Cómo lograrlo es una tarea institucional que implica cambios a diverso nivel: en el concepto de escritura que tienen la escuela, en los currículos, en las prioridades en la enseñanza de la lengua y en los fines de la educación. Aquí hablamos de un sistema escolar ilustrado que propicie la crítica, y ésta, a su vez, la mayoría de edad en el pensamiento: “La ilustración —dice Kant— es la salida del hombre de su condición de menor de edad de la cual él mismo es culpable. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su pro-

pio entendimiento sin la dirección de otro”.

Al no ser un género estilístico, sino una estrategia discursiva para exponer ideas de forma sistemática, crítica y polémica, el ensayo exige el desarrollo de competencias previas. Ya señalamos una: la importancia de desarrollar el pensamiento argumentativo. Pero también es fundamental aprender a pensar de modo problémico. Todo ensayo surge del planteamiento de un problema. Esto es, resulta necesario que el ensayista novato aprenda a interrogar, a hacer preguntas problémicas. El ensayo no es un género autista, sino dialogal. Se escriben ensayos para cuestionar, ampliar o revisar puntos de vista anteriores. Esto exige, en consecuencia, destrezas investigativas de consulta. Un ritmo de lectura rápido para seleccionar y resumir opiniones de otros autores que han tratado el mismo tema. Igualmente, habilidades para aprender a citar, a clasificar y organizar opiniones en esquemas expositivos y, por supuesto —tiene razón el profesor Vélez—, capacidades para “escribir bien” (que también es una expresión problemática). Pero lo que no está previo, lo que no ha sido construido, aprendido, no aparecerá en el papel. Por eso es que los textos que los estudiantes entregan en las universidades no son ensayos sino resúmenes, paráfrasis, “fusiladas” de libros o de internet, o a lo sumo artículos de opinión (“Yo pienso que...”. En los ensayos nunca se habla en primera persona).

Al tener carácter dialogal, el ensayo exige investigación previa, cotejación y valoración de fuentes. Y un elemento innovador: de todo ensayo esperamos que aporte algo nuevo en la comprensión de un problema. ¿De qué vale leer otro ensayo que repita lo mismo, por ejemplo, sobre si León de Greiff era vanguardista o no, si ya Gilberto Loaiza o Hubert Pöppel lo han aclarado mejor? Vélez tiende a pasar por alto esta característica. Involuntariamente le da paso al ensayo poético, tan cuestionado hoy; es decir, el ensayo donde el autor se autorre-

ferencia, donde no hay conceptos sino imágenes. Son los casos de Octavio Paz en *El ogro filantrópico* (1974), en el que descaradamente se “pasa por la galleta” la investigación antropológica e histórica sobre la cuestionada “identidad latinoamericana” y los estudios sobre la Revolución Mexicana, o nuestro provinciano Estanislao Zuleta en *Lógica y crítica* (1996), donde no habla de filosofía griega, sino de sí mismo, de sus limitaciones como lector. Inclusive Vélez deduce las limitaciones del “ensayo autista” —como él lo llama—, pero no saca las consecuencias cuando critica ensayos escritos por profesores de facultades de literatura, repletos de jerga derrideana, lacaniana y foucaultiana, esto es, la posconfusión (como la llama Héctor Abad Faciolince).



El capítulo tres del libro, “El ensayo colombiano: un curioso entretenimiento para tres o cuatro personas en un siglo”, es un fraude. Vélez no investigó o lo hizo mal. Por mantener su tesis acaba violando reglas académicas. Por ejemplo, investigar integralmente un problema. En su recorrido por el ensayo colombiano del siglo XX, cita parcialmente autores enumerados en las antologías de Cobo y Óscar Torres, pero su preocupación central es Baldomero Sanín Cano. Luego el título de este capítulo debería ser “Sanín Cano, ensayista”. Además lo valora en exceso en demérito de Rafael Maya, cuando es importante insistir en que Sanín escribió libros flojos —*Letras colombianas* (1944)— y Maya tiene indudables aciertos: sus ensayos sobre Isaacs, Silva, Vargas Vila y To-

más Carrasquilla. También comete un error al resaltar la supuesta apoliticidad de Sanín Cano. Al contrario, Sanín estuvo vinculado al cuerpo diplomático en varias periodos, fue liberal santista (partidario de Eduardo Santos e incluso en una época de Jorge Eliécer Gaitán), lo que le acarreó una disputa áspera con Laureano Gómez



Vélez se queja de la precariedad del ensayo en Colombia en la primera mitad del siglo XX, pero no describe las causas del fenómeno —la más evidente es la ausencia de universidad o la trivialización a la que había llevado el género Germán Arciniegas—. Menciona circunstancialmente a Hernando Téllez, pero no critica sus trabajos ensayísticos. Menos se espere análisis de la obra crítica de Jorge Zalamea, de Ernesto Volkening, de Hernando Valencia Goelkel o de Rafael Gutiérrez Girardot, por mencionar algunos reconocidos.

Además reduce el ensayo colombiano al ensayo literario. Pero es evidente que ya hay ensayistas —buenos y malos— en otros ramos: en historiografía Jorge Orlando Melo, en derecho Carlos Gaviria Díaz, en sociología política Hernando Gómez Buendía, en economía Juan Luis Londoño o Salomón Kalmanovitz, por citar autores recientes. Tampoco es preciso al señalar —en el capítulo cuatro— a Luis Tejada como ensayista. El artículo que incluye como ensayo habitualmente es considerado una crónica, o al menos así lo hace Cobo Borda en la recopilación de la obra periodística de Tejada, y Maryluz Vallejo M. en *La crónica en Colombia: medio siglo de oro* (1997).

Jaime Alberto Vélez, después de este libro, queda en deuda con sus lectores. No nos quede duda de que repensará su tarea.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

Ensayo sobre al ensayo

El ensayo. Entre la aventura y el orden
Jaime Alberto Vélez
Taurus, Bogotá, 2000, 107 págs.

El más humano de los géneros

“El ensayo no es un artículo, ni una meditación, ni una reseña bibliográfica, ni unas memorias, ni una disquisición, ni una diatriba, ni un chiste malo pero largo, ni un monólogo, ni un relato de viajes, ni una seguidilla de aforismos, ni una elegía, ni un reportaje, ni... No, un ensayo puede ser cualquiera o varios de los anteriores” (El Malpensante, núm. 2). De esta manera define Susan Sontag a ese “hijo pródigo” como un *precipitado* de otras formas de escritura, es decir, lo define *por lo que no es*. Antidefinición que de alguna manera ya comienza por acercarnos a la complejidad del género. ¿O es que tampoco es un género? Según Sontag, es apenas un nombre, “el más sonoro de los nombres”, “un contrabandista en los mundos de la filosofía y la polémica” y, por qué no, un “excéntrico” en los mundos de la literatura.

Los ensayos van a parar a los libros si bien suelen iniciarse en revistas. En este caso, el “ensayo sobre el ensayo” de Jaime Alberto Vélez vio la luz en la revista El Malpensante, núm. 8, de 1998, bajo el título “El más humano de los géneros”. Como todo buen ensayo, incitó a la discusión y al debate. La polémica la planteó otro investigador, el profesor Carlos Sánchez Lozano, quien apuntó certeramente al afirmar que para Vélez “es más impor-